

EDITORIAL

El debate respetuoso*

Los médicos o grupos de médicos dedicados a la práctica de ciertas ramas de la medicina, somos como islas dispersas en medio de un mar bravío y caótico, sin tener entre nosotros la comunicación y cooperación, y mucho menos la unión, cohesión y coherencia que son indispensables para poder desarrollar propuestas integradas de investigación, de respeto y admiración por el trabajo de los demás y de lucha conjunta por hacer valer nuestros derechos como individuos, como profesionales y como gremio.

Hay muchísimos vacíos (un verdadero cúmulo de preguntas sin respuesta) en el conocimiento, que deben ser llenados mediante investigaciones prospectivas que controlen durante períodos largos la eficacia científica y la relación costo-efectividad de los métodos diagnósticos y terapéuticos actuales y de los que se desarrollen en el futuro, de manera que se descarten permanentemente aquellos que sólo se basan en prejuicios, en conjeturas o en intereses meramente económicos.

Lo anterior nos ha llevado a hacer unas consideraciones sobre la tradición venerable del debate respetuoso, basado en la evidencia, conducido con cortesía y que lleva a la exposición de la verdad.

La conversación, como atributo exclusivamente humano, se ejercita como una necesidad vital y es un proceso mediante el cual se busca llegar a un acuerdo a través de una actitud de apertura. Es parte esencial de ella el tener realmente en consideración al otro, escucharlo, darle valor a sus puntos de vista e intentar entender lo que dice, respetando su honestidad y su integridad intelectual. El otro se presume que es íntegro hasta que se pruebe lo contrario.

Es evidente que siempre habrá lugar para una legítima diferencia de opiniones, y que en muchos casos no se consigue un acuerdo, pero entonces basta con que no se ahonden los desacuerdos, sin mentir ni fingir: en todos los casos podemos aprender mucho de un

* Apartes del discurso inaugural del Segundo Simposio Colombiano sobre Várices Primarias celebrado en Medellín, de Agosto 7 al 9 de 2003

debate, incluso cuando no conduce a un acuerdo. El cálculo mezquino supone un uso torcido de la conversación para evitar la resolución de los conflictos, en vez de progresar hacia el acuerdo. En la idea de la ortodoxia y en la de su contraria, la herejía, se esconden los vicios más ruines: la arrogancia, el abuso de la argumentación, la pedantería, la presunción intelectual. La desconfianza en la capacidad renovadora y transformadora de la conversación lleva a la imposición del silencio como ley, con su funesto contenido de desdén por los demás y por los asuntos públicos, y perpetúa la incompetencia para el diálogo como actitud primitiva, en vez de evolucionar hacia la búsqueda en común de la verdad.

Dice Voltaire: “La tolerancia es la consecuencia necesaria de la comprensión de que somos personas falibles: equivocarse es humano, y todos nosotros cometemos continuos errores. Por lo tanto, dejémonos perdonar unos a otros nuestras necesidades”.

Debemos desarrollar nuestras habilidades para disentir sin ponernos coléricos, sarcásticos o descorteses, sabiendo que no somos infalibles. El respeto por la persona y el intelecto de los opositores nos impide usar engaños, comentarios cáusticos o ataques personales contra los adversarios, no importa cuan brillantes o poderosos, injustos o desleales, puedan ser ellos.

En interés de la búsqueda de la verdad, toda teoría debe admitirse en competencia con otras teorías; esta competencia consiste en la discusión racional de la teoría y su eliminación crítica. La teoría que parezca acercarse más a la verdad es la mejor, y elimina a las peores.

Y, a todas estas, ¿qué es la verdad? Es la correspondencia de lo que se dice con los hechos, sepamos o no que existe esta correspondencia: la verdad no puede, pues, confundirse con el saber seguro. El saber científico-natural es todo menos un saber seguro, ya que es revisable y se basa en conjeturas comprobables: es un saber hipotético. Y con cada solución hipotética aumenta el número y la dificultad de los problemas que se plantean, con mucha mayor velocidad que las soluciones que se ofrecen. Esto lleva inevitablemente a que para el verdadero científico el mundo sea siempre enigmático, y a una nueva ética que en vez de basarse en el saber personal, seguro y autoritario, esté fundada en la idea del saber objetivo e inseguro.

La verdad puede defenderse a sí misma y comprobarse sin argumentos engañosos, demostraciones emocionales o presiones personales. Esto no quiere decir que abandonemos nuestras posiciones con facilidad: una mente disciplinada no cede sin motivo el terreno intelectual que ha ganado con gran esfuerzo; cede únicamente ante la evidencia, la prueba o la demostración. Debemos esperar que el opositor muestre de modo concluyente el valor superior de sus opiniones, y no intimidarnos por la gritería, la verborrea ni la fuerza de los números.

La visión amplia de la verdad y de la respetabilidad humana individual nos prepara para sufrir la derrota aparente ante la mente de las masas, en ocasiones en las cuales sabemos que nuestra posición es correcta. No debemos sorprendernos ni encolerizarnos porque

NORMAN DIEGO PIZANO RAMÍREZ

los demás no vean ni acepten nuestras razones, sino que debemos esforzarnos por dar una evidencia más fuerte y mejor expresada de nuestra parte.

La habilidad para defenderse a uno mismo con espíritu y convicción, para evaluar con precisión las opiniones antagónicas de los demás, y para conservar la confianza propia en el poder fundamental de la verdad para llevar su propio peso, son cualidades indispensables en cualquier sociedad, pero más aún en un mundo democrático e interdependiente.

Norman Diego Pizano Ramírez

Cirujano Vascular

Clínica Soma

Profesor Universidad Pontificia Bolivariana